

## PRÓLOGO

Desde distintas aproximaciones, los autores (as) de este libro realizan el abordaje de lo que implica hoy el trabajo comunitario, en medio de una complejidad teórica donde se destituyen las comprensiones consabidas del racionalismo, que instaló la relación Sujeto-Objeto como lugar dado de la investigación social y asignó a una y otra categoría, la Subjetividad o la Objetividad de la misma, el privilegio de la teoría o de la práctica como consecuencia de esta figura de la representación, que ocupó el debate por mucho tiempo hasta el declive de la modernidad, cuando la relación es desmontada para dejar aparecer afirmaciones como la de que "tanto el sujeto como el objeto se construyen", dando a la objetividad un carácter subjetivo y una intencionalidad difícil de infravalorar cuando nos enfrentamos al trabajo social y comunitario.

El Sujeto también se vino abajo en el andamiaje teórico y con él las ideas de individuo, conciencia, verdad, y otros tantos conceptos que cifraban la pertinencia de la investigación social, el análisis sociológico y el trabajo social.

Aparecen entonces nuevas categorías, las comunidades son campos de fuerzas y no sumatoria de individuos, nociones como igualdad se invalidan y aparece la diferencia como lógica propulsora de la vida, entonces las homologaciones no son otra cosa que traducciones de ejercicios del poder que operan como máquinas de captura social y cultural condenando a las comunidades diferentes a desaparecer en un contexto global donde prima lo mayoritario, la guerra, la violencia, la economía de lo útil, la destrucción de humanos y no humanos y la devastación ecológica y medioambiental, todo ello en un contexto donde la ética y la autonomía son precisamente el faltante humano que hay que reinventar para salvar al mundo de la catástrofe a que nos ha llevado la convalidación de una soberanía que propulsa el ejercicio molar de la fuerza y la validación identitaria.

En mayor o menor medida los escritos de este libro se acercan a los planteamientos filosóficos del Vitalismo, que en-

tienden las Comunidades como territorios donde subsisten tanto las fuerzas molares como moleculares que impulsan la vida comunitaria y afectiva; de ahí que en rigor nos enfrentamos a la diferencia como nódulo del pensamiento y la acción que jalona la vida, y el acontecimiento donde se evidencia el requisito espacio-temporal, que define la singularidad de cada Comunidad en su devenir propio.

Estos párrafos dejan ver la complejidad que acomete hoy cada investigador/a cuando vive la experiencia comunitaria. Es en momentos de globalización que se hace necesario retornar a repensarse la praxis ontológicamente:

Una praxis comprometida con lo vivo, que vaya más allá de la racionalidad moderna, que retorne a un saber 'dionisiaco' para articular el caos del mundo del sentido común con procesos de comunidades, que al momento de exponerse al afuera de los poderes hegemónicos, inmunicen desde aquellos saberes que no buscan ser mayoritarios sus propuestas colectivas, ser bordes vitalizadores de formas de vivir éticamente comprometidas con la coexistencia y políticamente ligadas con la autonomía de las comunidades (Maffesoli, 1997).

La praxis social, leemos en otro artículo del libro de Maffesoli (1997)

Evoca el mirar, el mundo de los individuos como el cruce de acontecimientos, que tejidos en relaciones de afectación rompen la relación clásica del sujeto independiente del objeto, tomando fuerza los sentimientos, las emociones, las pasiones, que circulan en el mundo de lo cotidiano, donde lo concreto es la acción misma, que puesta de cara a lo que acontece, no retorna el individuo al ensimismamiento del conocimiento de sí, sino que da de sí los actos libertarios de legislar sobre su destino, para tejer los destinos de la humanidad. Por ello, la praxis es un proceso antes que de sujetos racionalmente predefinidos y controladores de su propio destino, de subjetivaciones que realicen acciones sociales provocadas en los encuentros de las experiencias de vida, donde lo más interesante es hacer emerger el poder de la inmanencia que tiene la vida en los actos de autonomía, en los momentos de tejer colectivamente (Maffesoli, 1997).

Y es de hecho la ética diferenciada de la moral lo que logra establecer los encuentros más creativos para fortalecer el tejido social, la solidaridad, el respeto de la otredad y la destitución de la violencia, la Ética que concierne a la cons-

trucción de un sí mismo colectivo capaz de desvirtuar el yo fenoménico que crea el individuo y le da aliento para sobrevivir a futuro; el sí mismo colectivo es el circuito de devenir otro y otros acorde con la afirmación de la vida.

Por último, cabe anotar la importancia de la Experiencia viva cuando se trata de analizar la calidad de la Educación y la función docente, porque estratos de vida, rupturas afectivas y de pensamiento marcan la fuerza pasional de lo que se cree y se inventa, ante lo cual tenemos que asignar a la Subjetividad la evidencia de la transformación de lo humano para amonestar a otros/as y acompañarlos (as).

*Martha López*

## **Referencias bibliográficas**

Maffesoli, M. (1997). *Elogio de la razón sensible*. Barcelona: Paidós.